
Homenaje a Quetzalcóatl*

El viento en Teotihuacan

Recordando que Jean Cocteau bautizó al Partenón como «la pista de aterrizaje de los dioses», la arqueóloga Dominique Verut nos propone que la emoción considere a Teotihuacan como «la pista de despegue de los hombres hacia los dioses»: «Los antiguos griegos hicieron los dioses a su semejanza. El atrevimiento de esta decisión religiosa en el mundo helénico se extenderá a su filosofía y a todo su pensamiento, convirtiéndose en el dogma occidental por excelencia: el humanismo; la constante preocupación del mundo mediterráneo será el hombre». Por el contrario, «la constante inquietud del mundo mesoamericano será el estorbo de la condición de hombre para alcanzar la divinidad». León Portilla nos recuerda que Teotihuacan, «lugar donde se hacen los dioses», es el gran centro ritual y generador de numerosas instituciones culturales del mundo indígena posterior. Fray Bernardino de Sahagún afirma que Teotihuacan era un cementerio de reyes. Su edificación (¿no sería más preciso decir «su creación?») se supone iniciada hacia los primeros años de la era cristiana, aunque diversos arqueólogos aseguran haber hallado en Teotihuacan señales arqueológicas que se remontarían al tercer siglo antes de Jesucristo. Teotihuacan tiene, pues, canas de dos milenios en su edad. Sus piedras solitarias miran al tiempo con arrogancia silenciosa, acobardando al porvenir.

A la llegada de Cortés los indígenas aún conservaban, en forma de cantos, versiones míticas de la fundación de Teotihuacan. Según una de ellas, en Teotihuacan habrían sido creados la Luna y el quinto Sol: «Cuando aún era de noche, cuando aún no había día, cuando aún no había luz, se reunieron, se convocaron los dioses, allá en Teotihuacan». Dos dioses (*Teuciztécatl* y *Nanabuatzin*) se ofrecieron a arrojarse a las llamas, consumirse en ellas y de este modo convertirse en el Sol. Los hizo vacilar el horror, y su renuente sacrificio tan sólo originó la Luna. En Teotihuacan, pues, como en el Universo, la noche precede a la vida. Ahora, el europeo de finales del siglo XX amortigua, deslíz en admiración su sobresalto al contemplar las pirámides increíbles, mas no puede omitir la rara sensación de que la noche primordial, convertida en extraño viento que desdeña apagar el sol, le roza el corazón, lame sus huesos, le besa la cabeza con que comprende, admira y tiembla.

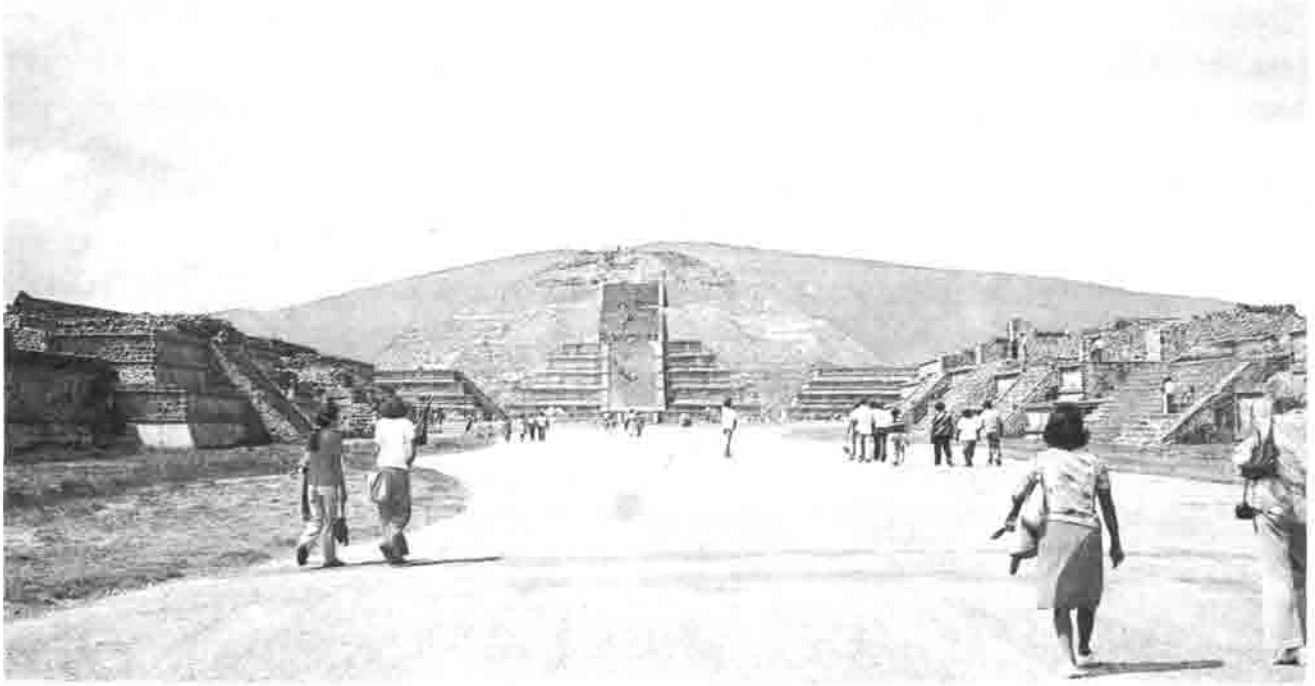
Hoy, la impetuosa ruina de Teotihuacan está compuesta por la Pirámide del Sol (1.300 metros de terraplén, 60 metros de altura y 225 de base), la Pirámide de la Luna

* Páginas del libro *Once artistas y un dios*, de inmediata publicación en Taurus Ediciones.

(un poco menos caudalosa y de mayor antigüedad), el templo de la Agricultura, la Ciudadela (con el templo de Quetzalcóatl), la impresionante Avenida de los Muertos, el palacio de Quetzapapólotl, los restos de edificios y de habitáculos menores... en una superficie de seis kilómetros de largo por tres kilómetros de ancho. El viajero camina por la Avenida de los Muertos, trepa con lento esfuerzo sobre los escalones de la Pirámide de la Luna, recibe el raro viento en la rara mañana, y supone que cree que recuerda que, entre los siglos IV y VII de nuestra era, Teotihuacan estaba habitada por doscientos mil seres (que hoy son doscientos mil fantasmas) que hacían de Teotihuacan la ciudad, en aquel tiempo, más poblada del mundo. Unos siglos atrás, y según contaban o cantaban los informantes de Sahagún, «todos se pusieron en movimiento: los niños, los viejos, las mujercitas, los ancianos. Muy lentamente, muy despacio, se fueron, allí vinieron a reunirse en Teotihuacan (...) y toda la gente hizo adoratorios (pirámides) al Sol y a la Luna; después hicieron muchos adoratorios menores. Allí hacían su culto y allí se establecían los sumos sacerdotes de toda la gente. Así se decía Teotihuacan, porque cuando morían los señores, allí los enterraban». Muchos siglos más adelante, los aztecas, *que encontraron vacía la ciudad*, no quisieron creerla construida por seres como ellos, y ante las dimensiones inconcebibles de los templos y las pirámides, conjeturaron que Teotihuacan había sido edificada por gigantes que alguna vez, en épocas remotas, habrían poblado el mundo. La negativa del cerebro azteca a asumir que los desvalidos hombres hubieran levantado tanta belleza y tales desarofadas dimensiones se convierte en la tentación del cerebro europeo de nuestros días: la tentación de suponer que entre las grietas de los escalones, y en los pliegues del viento extraño, se oyen gemidos sucesivos de sucesivas generaciones de hombres, y tal vez gemidos de dioses.

El viajero se detiene un instante en algún escalón de la Pirámide de la Luna y piensa que el silencio está poblado de un rumor de obsidias y de piedras oscuras procedentes de los volcanes; lanza su mirada ululante por la Avenida de los Muertos y supone que cree que necesita ver a un pueblo milenario y resurrecto que deambula fantasmagórico sobre ese misterioso pavimento articulado con piedra volcánica; un pueblo resurrecto y silencioso que mira al porvenir (el porvenir es el viajero) con mirada a la vez limosnera y terrible: ¿Dónde están nuestros dioses? ¿Dónde quedaron nuestros años? ¿En dónde germinaron los granos de nuestro maíz? Oh, biznieto de Quetzalcóatl, respóndenos; acá, en la muerte, hay una tormenta de preguntas. ¿Dónde están nuestros dioses, dónde? El viajero se limpia el sudor contemporáneo de su cuello y sus sienes, mientras nota un escalofrío que no sabe si le llega del fondo de sus huesos, del fondo de los siglos, del fondo de su horror, del fondo de su misericordia. Vuelve la espalda a esa solicitud turbulenta y callada, mira de nuevo hacia la cúspide de la Pirámide de la Luna y avanza por los altos escalones no sabe cómo, a qué, no sabe adónde, millonario de su ignorancia.

El viajero ha caminado por la Avenida de los Muertos, volcánica y, a pesar de la presencia de otros viajeros como él, callada y enigmática, como un vasto secreto. El viajero ha subido ya la mitad de los altos escalones de la Pirámide de la Luna y desde allí contempla el turbulento y silencioso hechizo de Teotihuacan, la Ciudad de los Dioses. Lo que ahora siente este viajero lo han sentido millones de turistas, y lo han sen-



Teotihuacan. Avenida de los Muertos, con la Pirámide de la Luna al fondo



La gigantesca masa de la Pirámide del Sol, en la ciudad de Teotihuacan

tido miles de antropólogos y arqueólogos; y lo sintieron los rudos extremeños de la Conquista; y antes aún, algo igualmente súbito y sagrado debieron de sentir los toltecas, los náhuas, cuando llegaron al valle de México y se encontraron esa ciudad descomunal, y la encontraron descomunamente vacía, inexplicablemente sola. Que los miles y miles de varones que levantaron esas moles yacieran muertos bajo tierra es algo propicio a ser pensado, pero que nadie humano vivo permaneciera allí para venerar a los dioses, recordar a los muertos y vivir, es un suceso entre ininteligible y pavoroso que ni la conciencia mágica de los toltecas ni la conciencia lógica de los estudiosos modernos se resignan a asumir en su temible desnudez. Los lógicos de hoy conjeturan epidemias, sequías, incendios provocados por tribus enemigas, asaltos y matanzas; mas nada de esto explica la soledad de esa ciudad, el silencio orgulloso de esas piedras: una epidemia, una sequía, no habría durado siempre; una matanza, incluso un genocidio cometido contra los habitantes teotihuacanos, habría dejado en el lugar de la derrota al vencedor, reinando con soberbia en la ciudad soberbia. En cuanto a la conciencia mágica del tolteca que varios siglos antes de la Conquista se sintió deslumbrado y aterrado por la ciudad vacía, prefirió conjeturar que Teotihuacan había sido construida por gigantes innominados y remotos. Todavía en el siglo XVI, los aztecas, como una prueba de la existencia de aquella conjetura de enigma de gigantes, mostraban a los españoles fémures de metro y medio de tamaño. Esos fémures desafortunados pertenecían en realidad a lejanos mamuts del pleistoceno. Pero lo cierto, lo que produce escalofrío en la conciencia de los náhuas del año mil y en la conciencia del estudioso de finales del siglo XX, es que el origen de los habitantes de la ciudad de Teotihuacan se mantiene desconocido. Las raíces de una concepción de la vida levantaron una ciudad que alguna vez fue la mayor del mundo, organizaron una teogonía, impulsaron a seres que deambularon por el valle y dialogaron con sus dioses, y finalmente esas raíces se enterraron, se diluyeron bajo el mundo, para que aquellos náhuas pensarán ofuscadamente en gigantes y estos especialistas o viajeros sintamos que desde el viento en Teotihuacan una viril brisa de siglos nos azota suavemente la cara.

Son los siglos que contemplaron cómo hace más de dos milenios los habitantes de pequeñas aldeas dispersas por los valles de México y de Puebla (pero esos nombres son recientes) se unen formando un pueblo numeroso. Son los siglos quienes consienten que Ignacio Bernal nos confíe que «lo que había sido el centro más importante del valle de México, Cuicuilco, había desaparecido cubierto por la lava que arrojó el Xitle. Vecinos de aquí y de otros lados se fueron congregando en el futuro Teotihuacan». Son los siglos quienes contemplan la misteriosa edificación de esas pirámides, el esplendor de esa ciudad, un cierto desarrollo agricultor entre los manantiales de la zona (manantiales que ya no existen), una incipiente industria de obsidiana. Son los siglos —del I al VI de nuestra Era— quienes contemplan la erección de palacios sacerdotales en los que se emplearon la columna y la bóveda; la fiebre que construyera en Teotihuacan observatorios astrológicos; la proliferación de esculturas bruscamente barrocas; la aparición de pinturas murales; la producción de ornamentos de jade y de cerámica; el júbilo de los adornos de plumaje; un esplendor de conocimientos matemáticos que ya manejó el cero; el calendario rumoroso; la alquimia del papel. Son los siglos quienes contemplan sus armas de piedra y de obsidiana (desconocían entonces los me-

tales), sus relaciones comerciales con toda Mesoamérica (importaban algodón, jade, bermellón, conchas y vasijas de barro) y su influencia cultural desde Cholula, en el territorio de Puebla, hasta Kaminaljuyu, en Guatemala, y desde El Tajin, en Veracruz, hasta la maya Yucatán. Son los siglos, en fin, quienes contemplan el abandono de la ciudad de Teotihuacan (las pestes, las invasiones, los exterminios, las sequías, nos ayudan a reposar en conjeturas, pero no nos explican por qué más adelante existirán teotihuacanos en otros territorios de México mientras las piedras de Teotihuacan, puestas de pie, contemplan con orgullo solitario, y tal vez con desdén, la llanura), y son los siglos, finalmente, lo que acude disfrazado de viento hasta la cara del viajero, que ha llegado a la cúspide de la Pirámide de la Luna, que mira absorto desde allí estas ruinas que son a la vez un misterio y una señal formidable del paso de los hombres por el tiempo y la vida. Me da el viento en la cara, me da el tiempo en la cara, como un lenguaje de recuerdos que no son míos excepto en forma de emoción, como un lenguaje de muertos y de dioses; y entonces, conmovido, y allá desde lo alto de esa Pirámide lunar, como si fuera una oración recito lentamente un poema náhuatl que se llama *Fugacidad universal (An nochipa tlalticpac)*: «¿Acaso de verdad se vive en la tierra? No para siempre en la tierra: sólo un poco aquí. Aunque sea jade, se quiebra. Aunque sea oro, se rompe. Aunque sea plumaje de quetzal, se desgarrar. No para siempre en la tierra: sólo un poco aquí».

Quetzalcóatl

En 1974, en Editions Gallimard, y en 1977, en el Fondo de Cultura Económica, apareció un grueso volumen sobre «La formación de la conciencia nacional en México»; su título es *Quetzalcóatl y Guadalupe*; su autor, el historiador y americanista francés Jacques Lafaye. Resumir un tema tan ambicioso como el del análisis de las raíces de la conciencia de una nación en la consignación de dos nombres propios puede parecer una exageración de la capacidad de síntesis. No lo es. En la historia del ser de las comunidades —que es algo más cotidiano, pero a la vez más dilatado y misterioso que aquello a lo que con mayúscula pomposa le llamamos la Historia—, una palabra, un nombre, puede ser una raíz de orígenes remotos y de finalidad impredecible. Hasta en la mera historia literaria hay palabras, o nombres propios, que por sí mismos mencionan a una vasta literatura y a una parte de la conciencia de una nación. En España, la palabra *Quijote* no se resigna a abarcar únicamente a un libro, y ni siquiera a un arquetipo; incluso excede a la nominación de parte del ser español y se desplaza hasta medir un atributo de lo humano. Con las palabras Quetzalcóatl y Guadalupe sucede que el lenguaje adquiere dimensiones vertiginosas en donde un nombre gira en los espacios de la conciencia y de la historia como eje de un sistema planetario. Esos planetas serían las diversas culturas que conforman la conciencia de México. Y esa conciencia abreva, desde hace muchos siglos, su laboriosa sed (aún inconclusa, por fortuna) en los nombres de Guadalupe y Quetzalcóatl.

Sobre la Virgen que, según propone la leyenda, se le apareciera al indígena Juan Diego el sábado 9 de diciembre del año 1531 en la colina de Tepeyac es posible decir

que su nombre denomina a poblaciones, tierras, ríos, municipios, rancheríos, villorrios mexicanos; que su rostro mestizo se disemina por las catedrales, iglesias, monasterios, ermitas y altarcitos improvisados; que su estampa preside la pobreza de tabiques de piedra, de rasilla, de adobe o de cartón en las casas de innumerables mexicanos; que en forma de escapulario y de estandarte amparaba las furiosas batallas no tan sólo de la Revolución cristera, sino también la entrada en combate de los insurgentes de Hidalgo y de Zapata, y que unos y otros combatientes, con caudillos de ideología adversaria, solían morir pronunciando su nombre; que muchos mártires de la revolución solían gritar un ¡Viva México! o un ¡Viva mi general Zapata! pero también un ¡Viva la Virgen de Guadalupe! momentos antes de caer asesinados por el fusilamiento. La penetración de la Virgen mestiza en el ser mexicano se debe, es presumible, a dos hechos fundamentales: uno, la tensión religiosa de la conciencia indígena precolombina tras siglos de cultura teocrática, o, para decirlo de otro modo, la larga tradición del indígena mexicano, anterior al siglo XVI, en el afán de interpretar el universo acompañado de sus dioses; otro, el hecho de que Guadalupe moviera el remoto corazón de Juan Diego precisamente en la colina de Tepeyac; en ese mismo sitio había existido tiempo atrás un santuario: el santuario de Tonantzin («Nuestra madre»), diosa de la fertilidad a la que los aztecas pedían la intercesión de su misericordia ante los azotes climáticos o ante la cólera de los dioses cuyo lenguaje era el castigo. En la teogonía azteca, Tonantzin acogía al terror, lo acunaba y lo untaba de compasión. Otro tanto hará más tarde Guadalupe en la conciencia mexicana. Todavía hoy los peregrinos suelen nombrar a su Virgen con dos palabras que tal vez nunca fueron menos que una: Guadalupe-Tonantzin. En ese sincretismo está apoyado un cierto movimiento oscuro del ser de muchos mexicanos.

Unamuno les llamaba intrahistoria a ciertas turbulencias silenciosas y duraderas que palpitan en la conciencia de las comunidades y que a veces, de manera volcánica, desgarran las delgadas montañas del presente y arrojan, como materia ardiendo, un súbito fuego de siglos, inesperado y al mismo tiempo inexorable. De igual forma podríamos llamar intralenguaje a ciertas propiedades de los nombres, propiedades tumultuosas que preñan la barriga a esos nombres, los fuerzan, los agrietan, hasta obligarnos a saber que el lenguaje es en verdad otro rostro del universo, que las frases son sistemas solares, que hay palabras majestuosas y rítmicas cuyo ímpetu suntuoso y pausado se parece al de los planetas. Quien no se atreva o no sepa intuir la bárbara grandeza que pudorosamente se comprime y habita en la inestable frontera de los nombres, no tan sólo carece de la acongojante alegría de gozar un poema, sino también, quizá, carecerá del fragor de saberse parte del cosmos y del júbilo de comprender hasta dónde es sagrada su vida. Por eso —no sólo por terror— existen los mitos y los dioses. No es, en absoluto, casual que nuestra especie no tenga memoria de una sola cultura, en cualquier lugar de la Tierra, que careciera de dioses o de mitos; que no exista ni una sola nación que no conserve en su afán o en su memoria ritos, mitos o dioses.

Pocas naciones hay en este rompecabezas metafísico al que llamamos Occidente tan sembradas de mitos, de ritos y de dioses como la nación mexicana. Pisamos ciertas piedras y un gemido enigmático lleno de majestad y escalofrío parece mordernos los pies. Miramos tal ruina y una bandada de leyendas se nos agita delante de los ojos. Con-

templamos un templo derruido y no es la altura de la geología, sino las cavernas en que yacen los dioses derribados lo que acelera nuestra respiración. Hojeamos un códice, nos asomamos a una excavación, deslizamos nuestra atención por un museo, o, simplemente, nos derramamos en la mano un amarillo reguero de granos de maíz, y las imágenes de los ritos sacrificiales, y el ruido de los mitos dormidos, y la bruma de las figuras de los dioses, se convierten en una rara brisa, como si cerca de la cara aleteara un desesperado quetzal. Quetzal, en lengua nahuatl, es el nombre de un pájaro; es el pájaro. Cóatl, en nahuatl, quiere decir serpiente. Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, es a la vez un dios y un cimientito de la teogonía tolteca, azteca y maya, y un príncipe de Tula y una confluencia de muy diversas leyendas y un aspecto de la conquista y una palabra. Una palabra estereofónica que suena como música en el poema de las culturas mesoamericanas y que es parte de los cimientos de la conciencia nacional de México. ¿Quién era Quetzalcóatl? ¿Qué es Quetzalcóatl?

Un dios, un rey, un hombre

En su *Historia general de las cosas de Nueva España*, Fray Bernardino de Sahagún nos refiere que a Quetzalcóatl, «aunque fue hombre, teníanle por dios». Ambas formas de la realidad llamada Quetzalcóatl eran conjuntamente ciertas para la inmensa mayoría de los millones de habitantes que poblaban el México anterior a la llegada de Cortés. Según estimaciones de los historiadores más recientes, el número de indígenas que habitaban el México Central a principios del XVI se puede calcular entre 25 y 37 millones. ¿Cuántos de ellos tenían memoria oral o mágica del creador de los hombres, dios del viento y descubridor del maíz? Algunos de los fieles de aquel dios transmitirían a Bernardino de Sahagún, ya en los tiempos de la derrota, información que el viejo fraile —setenta y cinco años había vivido ya el leonés cuando publicara su *Historia general...*— anotó con escrúpulo de sabio: «Los atavíos con que le aderezaban eran los siguientes: una mitra en la cabeza con un penacho de plumas que se llamaba quetzalli; la mitra era manchada como cuero de tigre; tenía vestida una camisa como sobrepelliz, labrada (...); tenía unas orejeras de turquesas, de labor mosaica; tenía un collar de oro (...); llevaba a cuestras por divisa un plumaje a manera de llamas de fuego; tenía unas calzas desde la rodilla abajo, de cuero de tigre (...); tenía en la mano izquierda una rodela con una pintura con cinco ángulos, que llaman joyel del viento; en la mano derecha tenía un cetro (...); parecía, por donde se tenía, como empuñadura de espada. Era éste el gran sacerdote del templo». Con la mención de aquella majestad, los informantes de Sahagún érememoraban a un dios milenario que figuró en las teogonías de diversas culturas sucesivas prehispánicas o recordaban a un príncipe de la enigmática ciudad cuyas ruinas formidables siguen llamándose con el nombre solitario y orgulloso de Tula?

Mil años antes de la fundación de México-Tenochtitlan se habría iniciado el culto a Quetzalcóatl. Salvador Toscano, en una impetuosa biografía de Cuauhtémoc, agrega que «un testimonio grandioso y bárbarico de ese culto quedó eternamente grabado en las piedras de Teotihuacan y Xochicalco, es decir, en dos viejos santuarios que en tiem-

pos aztecas eran ciudades de fantasmas. En la mitología indígena, Quetzalcóatl era una divinidad creadora, un dios que en los oscuros principios se solía asociar al viento (*Ehécatl*) y al que se suponía fundador del hombre mismo, pues habiendo robado los huesos de los antepasados los regó con su propia sangre para dar origen a la humanidad». Más tarde, disfrazado de hormiga, robaría del Cerro de la Abundancia (el Touacatépetl) un grano de maíz. Con ese grano de maíz se iniciaría la alimentación de los hombres. «En la mitología teotihuacana, el culto del dios Serpiente Emplumada apareció asociado al culto de otro dios benévolo, Tláloc, señor de las lluvias y de las cosechas». En otro relato —recogido por Garibay en su *Epica náhuatl*—, Quetzalcóatl y Tezcatlipoca presidirán la teogonía del México Central, y ambos, convertidos en árboles, «levantaron el cielo y lo sostienen, tal como se halla hoy».

Los estremecimientos mitológicos que recordaban a aquel dios, Quetzalcóatl, son variados y la imaginación es suntuosa al consignar las diversas leyendas. Todas coinciden en agradecerles que los hombres nacieran de los dioses. Miguel León-Portilla, en *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, recoge este poema: «Se refería, se decía, que así hubo ya antes cuatro vidas, y que ésta era la quinta edad. Como lo sabían los viejos, en el año 1-Conejo se cimentaron la tierra y el cielo. Sabían que cuando se cimentaron la tierra y el cielo habían existido ya cuatro clases de hombres, cuatro clases de vida. Sabían que cada una de ellas había existido en un Sol (una *edad*). Y decían que a los primeros hombres su dios los hizo, los forjó de ceniza. Esto lo atribuían a Quetzalcóatl (...) Este es nuestro Sol, en el que vivimos ahora, y aquí está su señal (...), allá en Teotihuacan. Igualmente fue este Sol de nuestro príncipe, en Tula, o sea, de Quetzalcóatl». La religión tolteca —más tarde los aztecas arrebataron o asumieron tanto esa religión como el idioma náhuatl— lleva el nombre de Quetzalcóatl presidiendo sus siglos. En la religión maya —la pirámide de Kukulcán, en Chichén Itzá, no es muy distinta de las de Teotihuacan— el dios del viento tiene un nombre que agrupa a dos palabras mayas: *Kukul* (pájaro) y *Kan* (serpiente). Las hablas diferentes nombran a un mismo dios del viento: la Serpiente Emplumada, *Quetzal-Cóatl*.

Una palabra, Quetzalcóatl, significó durante siglos un estremecimiento sagrado cuya memoria mágica hablaba del que buscó los huesos de los antepasados, los regó con su sangre y así formó la humanidad, la quinta forma de la vida. Una palabra, Quetzalcóatl, nombraba al dios del viento, al sostén de los cielos, al creador de la alimentación mediante un grano de maíz —durante siglos, y todavía hoy en parte, las culturas que habitaban los días y las noches desde el norte de México hasta el sur centroamericano fueron culturas del maíz—. Una palabra, Quetzalcóatl, atraviesa como un lento relámpago el sentido mágico de la vida de los indios de Mesoamérica. Es la misma palabra que servirá de nombre al príncipe de Tula, la ciudad misteriosa cuyo nombre es tal vez anterior a Teotihuacan. La memoria de Quetzalcóatl, el príncipe, entraría hereditariamente en las tradiciones orales entreverada y confundida con la memoria de Quetzalcóatl, el dios. Las investigaciones de los historiadores no consiguieron separarlos. La lógica no logró deshacer ese nudo. Quetzalcóatl, el príncipe de Tula, que fue un hombre real, reinó, gozó, lloró, se desterró de Tula, entró en el mar, dijo que volvería para iniciar el tiempo de la derrota y la desgracia. Quetzalcóatl era blanco y barbado. Y cuando los fieros aztecas vieron a Cortés y a sus gentes, que eran barbados y

eran blancos, creyeron ver a enviados de Quetzalcóatl: seres míticos, portadores de los malos presagios. Y antes de morir combatiendo, supieron que el quinto Sol caía en la noche, que esa *Edad* se acababa, que había ya comenzado el fin.

Una red de agujeros

Atribuir la conquista de millones de mexicanos al genio militar de Cortés es correcto, pero es insuficiente. El impetuoso número de aztecas a los que tan vertiginosamente sometieron los españoles se movían, en la paz (colonizadora y, *grosso modo*, nazi) y en la guerra, dentro de una teocracia militar, y ello no nos consiente suponerlos poco menos que inermes o cobardes, que no lo fueron nunca. Es cierto que Cortés supo entender la conveniencia militar de aprovechar las divisiones de los mexicanos y transformarlas en enfrentamientos. De hecho, cuando el 30 de mayo de 1521 Hernán Cortés inicia el asedio de México-Tenochtitlan (lo que hoy es México, capital federal), en el asedio, junto a no muchos españoles, figuran ochenta mil soldados tlaxcaltecas, animados por la venganza. Los aztecas eran odiados por la mentalidad de otras culturas sometidas por ellos, y arruinadas por tributos que desangraban su trabajo, desmoronaban a su orgullo y encendían sus humillaciones. A la llegada de los conquistadores, el azteca era el estado imperialista, y a Cortés no le fue difícil enfrentarle no tan sólo sus tropas —y sus armas extrañas, que serían temidas como mágicas—, sino también los numerosos miles de guerreros adversarios de los aztecas, que en los asedios aportarían su fuerza numérica y todas las heridas de su memoria. Pero aun así la destrucción del imperio de los aztecas hubiera resultado más lenta. Algo terrible y mágico colaboró con el genio de Cortés, con sus armas de rara muerte, con sus aliados mexicanos, e incluso con las epidemias de enfermedades españolas (viruela, por ejemplo) que diezmaron a los mexicanos; algo que transformó al azteca en un guerrero no tan sólo dispuesto a combatir, sino dispuesto a ser vencido. No vencido tan sólo en la batalla: vencido de un modo más vasto: vencido como azteca. Entre los gritos y la sangre, la furia y el dolor, el azteca sentía que aquellos invasores misteriosos traían la desaparición del imperio, la aniquilación de sus dioses, el cumplimiento de todos los perversos presagios. Cuando Cortés y sus soldados dejan de ser considerados como Quetzalcóatl y sus dioses acompañantes para ser denominados *popolacas* (palabra náhuatl que equivale a «bárbaros»), los presagios funestos ya han encarnado en el guerrero azteca, se han convertido en pesadumbre. En ese instante el azteca ya no combate solamente contra los españoles, a quienes aún podía oponer la bravura; ya no combate solamente contra los tlaxcaltecas, a quienes hubiera podido vencer ayudado simplemente de la costumbre: combate ya con su destino, y nada puede contra él. Y no logra olvidarlo mientras recorre el camino del exterminio.

A Cortés le precedieron el viejo temblor mágico de la palabra Quetzalcóatl y diversos «presagios y portentos» que, ocurridos años antes de la llegada de los españoles, habían aminorado la soberbia imperial del azteca y habían inaugurado en él una carcoma lenta de desconcierto y de temor. Tales presagios (una espiga de fuego sobresaltando el cielo, un templo que enigmáticamente fue devorado por las llamas, una zona

de agua que hirvió en el centro de un lago, los gritos de mujer que agujerearon el manto de la noche, visiones de un tropel de hombres misteriosos que montaban en una misteriosa especie de venados), tales presagios anunciaban —pero de un modo desapa-cible y terrorífico— el regreso de Quetzalcóatl. Mas cuando el comportamiento codi-cioso y cruel de los extraños extranjeros (Quetzalcóatl, en tanto que dios, lo fue bene-factor; como príncipe de Tula, fue bondadoso, no consintió sacrificios humanos y col-mó a Tula de fortuna y de bienestar, según relatan las emocionadas leyendas), probó que era imposible que Cortés fuese Quetzalcóatl, como en principio habían supuesto desde el rey Moctezuma hasta el último azteca, y cuando los compañeros de Cortés de-jaron de ser dioses para ser popolacas, «en el corazón de Motecuhzoma nació entonces la angustia». Con esa angustia había de ser compuesto uno de los poemas de la derrota de los aztecas más sobrecogedores de la poética mesoamericana: *icnocuicatli*, un «canto triste» que al ser cantado como un himno prueba la dimensión profunda del trauma del guerrero azteca al arrojarse en un combate que su corazón ya ha perdido: «...En los caminos yacen dardos rotos, / los cabellos están esparcidos, / destechadas están las casas, / enrojecidos tienen sus muros. / Gusanos pululan por calles y plazas / y en las paredes están salpicados los sesos. / Rojas están las aguas, están como teñidas / y cuando las bebemos son como agua de salitre. / Golpeábamos en los muros de adobe / y nos quedaba por herencia una red de agujeros. / En los escudos fue nuestro resguardo / pero los escudos no detienen a la desolación...»

Cuando en 1524 los franciscanos llegados a la recién conquistada Tenochtitlan condenan las creencias religiosas de los aztecas ante señores, sabios y sacerdotes mexi-canos supervivientes, un sabio o sacerdote azteca, con abrumado orgullo, reivindica la sagrada vejez de su cultura, y, como cerrando el *icnocuicatli*, el «canto triste», agrega: «¡Déjennos pues morir, / déjennos ya parecer, / puesto que todos nuestros dioses han muertos!». Como anota Miguel León-Portilla en su libro *El reverso de la Conquista*: «No hay que olvidar que los aztecas eran los seguidores del dios de la guerra, Huitzilopochtli; que se consideraban a sí mismos escogidos del Sol y que hasta entonces habían creí-do siempre que su misión cósmica y divina era someter a todas las gentes de los cuatro rumbos del universo. Quienes se tenían por invencibles, el pueblo del Sol, el más po-deroso de América Media, tuvo que aceptar la derrota. Muertos los dioses, perdidos el gobierno y el mundo, la fama y la gloria, la experiencia de la conquista significó algo más que tragedia, quedó clavada en el alma y su recuerdo pasó a ser un trauma». Es útil no olvidar tampoco que, junto a la derrota de Huitzilopochtli, el dios de la guerra, en la conciencia del azteca vencido permanece la apesadumbrada extrañeza de la ausencia de Quetzalcóatl, el dios benefactor: el dios tolteca que, siendo a la vez un dios y un príncipe mediante un sincretismo que aproxima al dios a los hombres y di-viniza al príncipe, había prometido volver entre los pliegues de los siglos. El dios tol-teca que los aztecas asumieron para su teogonía. El dios tolteca/azteca al que confun-dieron con Cortés. El dios que resultó no ser Cortés. Que nunca vino. Que dejó solos a los mexicanos en la hora de su fin del mundo: ese dios que había sido el creador de los hombres. Ese príncipe bondadoso que había colmado de mercedes la cultura de Tula. ¿Cómo era Tula gobernada por Quetzalcóatl?

El remordimiento

Como ya lo dijimos, la conquista de México por los invasores españoles y, con ella, la aniquilación del imperio de los aztecas, no se debió tan sólo a la serie de hechos que los historiadores pueden denominar, con justicia, objetivos: el genio militar de Hernán Cortés, su alianza con los indios enemigos de los aztecas, las epidemias que diezmaron a los resistentes. En la caída al abismo del imperialismo azteca intervino también la complejísima relación de su cultura teocrática con el dios Quetzalcóatl. A la llegada de los españoles, la relación del azteca con Quetzalcóatl es a la vez esperanzada y temerosa. Cuando los emisarios de Moctezuma informan de que Cortés puede ser Quetzalcóatl, Moctezuma (y con él todo el mundo azteca) siente que esa invasión, o ese regreso, puede significar el cumplimiento de la profecía que en Tula se produjo siglos atrás (la profecía asegura que Quetzalcóatl regresaría, y con él una felicidad y una abundancia míticas y sagradas), pero puede también significar el cumplimiento de presagios funestos que, en la mente guerrera del azteca, pudieron mencionar a una presentida venganza de los toltecas dominados. Cuando el príncipe Quetzalcóatl huye de Tula, promete regresar, y se supone que para restaurar la dicha de la vida. Mas la promesa es hecha a los suyos, los toltecas de Tula. Siglos después, los aztecas (procedentes al parecer, del norte, de lo que hoy serían territorios de Norteamérica) dominan y someten la cultura tolteca, les arrebatan el idioma náhuatl y, con él, el dios Quetzalcóatl. Con este robo heredan la promesa de Quetzalcóatl y la esperanza de una arcadia tolteca; pero, puesto que se trata de un robo, asumirán también la posibilidad de que con la vuelta del sacerdote-príncipe-dios llamado Quetzalcóatl sobrevenga una especie de venganza sagrada. Para el azteca, pues, hereder y ladrón de un dios tolteca, el regreso de Quetzalcóatl será a la vez una esperanza y un suceso amenazador.

El sacerdote Quetzalcóatl había nacido en un año *uno ácatl* (1-Caña). La entrada de Cortés en México se produce también en un año *uno ácatl*. Se cumple así la profecía; pero, a la vez, la coincidencia (que en la mente mágica del azteca teocrático no sería coincidencia, sino lenguaje inexorable de los siglos y de los dioses) pone en pie los presagios más funestos que la conciencia mágica y guerrera, dominadora y sanguinaria del azteca, elaborara con horror. En su mentalidad teocrática y en su memoria orgullecida, pero también ensangrentada por las dominaciones, no es impropio conjeturar que se aposentara la Culpa. Cortés (es decir, Quetzalcóatl) pudo ser el espejo de esa culpa. La angustia de Moctezuma ante Cortés ya no era la angustia personal de un mandatario ante un enigmático enemigo que tal vez acudía a cumplir una profecía y a devolver a los toltecas una felicidad que los aztecas habían exterminado mediante la dominación: era, más vastamente, la angustia de toda una cultura que se sabía poderosa a través de la tiranía. La rebelión suicida de Cuauhtémoc contra los españoles no es ya tan sólo la desesperación de un príncipe que pretendiera llevar a sus súbditos a la victoria o a la muerte: es el desesperado aullido de un pueblo que sospecha —que sabe— que su futuro se ha acabado. En la disposición crispada del azteca a perecer no sólo como ejército, sino también como conjunto de tradiciones y de leyes, interviene un seísmo espiritual al que quizá podamos denominar remordimiento. Escribe Jacques Lafaye que «Moctezuma tomó a Cortés y a los españoles por descendientes de los toltecas que ha-

bían acompañado al Quetzalcóatl de Tula a su exilio, y que venían a cumplir la profecía, a reclamar por la fuerza el reino de los antepasados». Si Tula, bajo Quetzalcóatl, había sido feliz (lo proclaman así las leyendas de la abundancia) y ellos, los aztecas, robadores del dios de Tula, adoraban a Quetzalcóatl pero esclavizan al tolteca, que lo había adorado primero, la dicha que prometiera Quetzalcóatl pudiera transformarse en la desdicha del azteca. La dominación había sido total: la desdicha sería total.

El azteca morirá combatiendo; pero en el mismo instante de empuñar las armas con que habrá de morir, algo enigmático y póstumo acompaña a su furia. La furia del azteca contra los españoles (y sobre todo, contra los aliados aborígenes de esos guerreros de otro mundo) es la furia de un guerrero excitado por la fuerza del enemigo: pero es también la cólera de un tirano humillado por el remordimiento. Es, en fin, la furia —vencida de antemano— del indio que ha adorado a Quetzalcóatl *después de deshumanizarlo*. El Quetzalcóatl de Teotihuacan, el Quetzalcóatl de Tula (El Quetzalcóatl tolteca) había sido benefactor, piadoso, y había proporcionado a su pueblo la paz y la abundancia. Escribe Salvador Toscano que Quetzalcóatl «acabó por pasar a la historia como expresión de castidad y sabiduría, pues fue él quien enseñó a los toltecas el primero de sus oficios, el arte de los metales, la cerámica, la riqueza y el engarce de las piedras, así como la factura de los mosaicos de plumas preciosas. Como sacerdote sólo oraba con ayunos y mortificaciones a los dioses del firmamento, sin consentir en ningún modo sacrificios humanos»: sacrificaba aves, culebras, mariposas. El Quetzalcóatl de Tenochtitlan, el Quetzalcóatl de Tlatelolco (el Quetzalcóatl azteca) se ha desplazado hacia una sociedad asentada en la dominación imperialista, explotadora y sanguinaria, y hacia una teogonía que consiente, que exige, el ritual de sacrificios humanos en masa. Quetzalcóatl, nacido (como ser real, como sacerdote de Tula) en un año *uno-ácatl* (año 947 de nuestro calendario) hubo de huir hacia el Este, «donde el agua se junta con el cielo». Ese lugar se llama hoy Golfo de México. Comunidades seculares, representantes de tendencias militaristas que acabaron por imponerse a Mesoamérica, fueron quienes habrían hecho desplazarse hasta Yucatán a muchos seguidores de aquel dios-sacerdote, Quetzalcóatl, el hombre y mito bondadoso. Y de pronto, por entre los pliegues de los mitos y de los siglos, aparece Cortés. Viene precisamente por el lugar «donde el agua se junta con el cielo», por el Golfo de México; y desembarca en Veracruz en un año *uno ácatl* (año 1519 de nuestro calendario). No importa demasiado que el azteca comprendiese al final que Cortés no era Quetzalcóatl. Importa más el advertir que el genio militar de Cortés, sus aliados indígenas viejamente enemigos del azteca, las armas formidables y las enfermedades epidémicas colaboraron con la tiniebla de un oscuro remordimiento. Quetzalcóatl, creador de los hombres y descubridor del maíz, su alimento; artista y bondadoso, enemigo del sacrificio humano... había sido robado y deshumanizado; había sido transformado en un engullidor de sangre humana y en parte de una teogonía que no proporcionaba consuelo al sometido, sino horror, humillación y esclavitud. El imperialismo azteca quizá viniera siendo lenta y secretamente erosionado por la culpa. Tal vez cuando el azteca se dispone a combatir y desaparecer, a matar y morir y desmoronarse en la noche, Quetzalcóatl, el príncipe de Tula, el dios de Teotihuacan, se despegue de la terrible teogonía azteca y regresa a su origen remoto mirando desde las alturas a toda Mesoamérica con una congoja infinita y una misteriosa bondad.

Tula

A su llegada, los aztecas encontraron una Tula vacía, una ciudad sagrada en sombras, un silencio abultado por los siglos, las interrogaciones y la piedra majestuosa. Como en el caso de la ciudad de Teotihuacan, vacía también y sobresaltada por el misterio y el silencio a la llegada del azteca, los historiadores no se resignan a consentir que sea el enigma lo que explique la soledad de la ciudad de Tula, y proponen sequías, epidemias y luchas militares que justifiquen esa soberbia soledad. Sin embargo, el misterio se resiste a esas violaciones. Teotihuacanos y toltecas habitan en el valle de México mientras Teotihuacan y Tula mostraban al azteca sus piedras solitarias, y ni un supuesto vencedor de esas supuestas guerras tomó como botín a esas ciudades. La historiografía rellena como puede los agujeros de esa perplejidad. Pero es un hecho: cuando los aztecas bajaron desde el norte, Teotihuacan y Tula sólo les opusieron un silencio de piedra. Con esa suavidad con que a veces se enmascara la astucia, los aztecas se establecen en el lago Texcoco, se apropian lentamente de la lengua y la cultura náhuatl, se organizan militarmente en torno a su dios principal, Huixilopochtli (a quien los españoles llamarían *Huichilobo*), conquistan uno a uno todos los pueblos confederados que les habían precedido en el valle, fundan su propia capital, Tenochtitlan, y, en fin, organizan su imperialismo en Mesoamérica. Al apropiarse de la lengua y la cultura toltecas se apropiarán de Quetzalcóatl. En Tula, vacía a la llegada del azteca y vacía en la actualidad, habitó y reinó Quetzalcóatl, el sacerdote, el rey, y quizá no usurpando, sino encarnando el nombre de Quetzalcóatl, el dios.

Durante su reinado, y atendiendo a la versión de Angel María Garibay, apoyada en el manuscrito de Bernardino de Sahagún y en los *Anales de Cuauhtitlan*, en Tula «Todo era abundancia y dicha; no se vendían por precio los víveres, todo cuanto es nuestro sustento. Es fama que eran tan grandes y gruesas las calabazas y tenían tan ancho su contorno que apenas podían ceñirlo los brazos abiertos de un hombre. Eran tan gruesas y largas las mazorcas del maíz cual la mano del metate (...) También se criaban allí aves de rico plumaje: color de turquesa, de verde reluciente, de amarillo, de pecho color de llama. Y aves preciosas de todo linaje, las que cantan bellamente, las que trinan en las montañas. También las piedras preciosas y el oro eran vistos como si no tuvieran precio: tanto era el que todos tenían (...). Todos los moradores de Tula eran ricos y felices; nunca sentían pobreza o pena, nunca había hambre entre ellos, y las mazorcas mal dadas se destinaban a calentar el baño...» Y ahora el viajero, como siglos atrás le ocurriera al azteca, contempla a esa ciudad sagrada y solitaria y se pregunta por qué está vacía. En la zona arqueológica (muy cerca de la actual Tula de Allende, del estado de Hidalgo, entre México y Querétaro) los ojos del viajero reciben restos de templos en forma de pirámides truncas, estelas de piedra labrada con figuras de dioses (entre ellas la de Chac Mool, el dios tolteca de las lluvias) y, sobre una plataforma de piedra, que fue templo central de Quetzalcóatl, los ojos del viajero ven erguirse unas figuras gigantescas, portadoras de un severo candor, que hoy llamamos atlantes, y que fueron quizá columnas para el techo del templo. El viajero se aproxima a esas moles de piedra, comprueba que su cabeza asombrada y contemporánea alcanza la altura de la rodilla del atlante; mira al espacio abierto, las débiles llanuras, la luz de este atar-

decer mitológico, y siente como si estas figuras imantaran la lejanía, como si para estos hieráticos e inocentes atlantes las distancias fueran un rebaño de ovejas apiñadas en torno a sus pastores: las piedras milenarias de Tula.

Dos palabras supremas gobernaban en Tula la vida y la conciencia de los hombres: Tezcatlipoca, dios de la guerra, y Quetzalcóatl, dios benefactor. Eric Wolf opina que hacia fines del siglo X la enemistad entre los seguidores de ambos dioses, que, en realidad, supondría un inexorable antagonismo «entre los defensores de la sociedad teocrática y los grupos seculares, representantes de las nuevas tendencias militaristas (...), llevaría a que los partidarios de Quetzalcóatl emigraran hacia el Yukatán, en donde se les conoce con el nombre de Kukulcán». La derrota del dios pacífico iniciaría la práctica de los sacrificios humanos y dejaría en la memoria colectiva la nostalgia de un tiempo arcádico y la esperanza en el regreso de Quetzalcóatl. Nostalgia y esperanza que fundamentan, con mayor solidez que los muros de piedra, las leyendas que se recogerán más tarde en el *Ciclo de Quetzalcóatl*. A principios del siglo XII, y al parecer a manos de pueblos chichimecas, Tula fue destruida. La destrucción de la ciudad quizá inicia la inmortalidad de su dios-sacerdote-rey: la arqueología ha encontrado santuarios a Quetzalcóatl en Calixtlahuaca, Coatépec Chalco, Ecatépec, Tenayuca, Toluca y Teotihuacan (del estado de México); en Tepoztlan y Xochicalco (en el estado de Morelos); en Cholula (en el estado de Tlaxcala); en Teayo (Veracruz), y aquí, en el estado de Hidalgo, en las ruinas de Tula. «Y más tendía el dicho Quetzalcóatl —escribió fray Bernardino de Sahagún— todas las riquezas del mundo de oro y plata y piedras verdes (...) y los dichos vasallos del dicho Quetzalcóatl estaban muy ricos.» Todo lo barrieron los siglos. Tras la furia chichimeca (si es que fueron los chichimecas quienes destruyeron a Tula: la historia y la leyenda en México se entrelazan con la interrogación, quizá para que el pasado y los dioses y las palabras conserven una inmortalidad enigmática), los aztecas reinaron, tal vez sobrecogidos, entre estas piedras silenciosas. Serían después los españoles quienes agregarían su furia a la de pueblos y siglos y tormentas. Y ahora el viajero adelanta las manos para tocar la piedra de que están hechos los atlantes, adelanta las yemas de los dedos en un anhelo de tocar en la piedra un mundo que ya ha sido, en un anhelo de tocarle a estas piedras su ebullición de siglos y de dioses, de voces y de lágrimas. Cuentan que Quetzalcóatl, al abandonar Tula, por un instante renunció a ser un dios, e incluso un rey, y lloró como un hombre. Y ahora avanza las manos el viajero, muy despacio, fascinado por la dura inocencia de la piedra, y sabe que al tocarla pone sus yemas donde las puso Quetzalcóatl, que está tocando una parte del laborioso corazón de México, que está tocando a la desgracia y a la inmortalidad. Acaricia la piedra, recuerda a Quetzalcóatl y siente una congoja extraña que no parece suya, que podría ser de algún tolteca exterminado por la calamidad y resurrecto en la membria o la venganza. El viajero, europeo en Tula, siente lo que han sentido todos los viajeros del mundo: que quizá todos los dioses significan un solo dios, que quizá todos los muertos son mis antepasados, que toda vida humana camina sobre un breve pentagrama de siglos. ¡Que los hombres te guarden, Quetzalcóatl, oh Quetzalcóatl!

FÉLIX GRANDE